

Relato tomado de **La saltadora. Relatos feministas 1991-2014**, de michelle renyé (Mujer Palabra, 2015)

Libro en formato ebook y pdf descargable en mujerpalabra.net – Libros – ebooks

Esta obra se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)
[No se autoriza a ninguna entidad el cobro de ninguna cantidad por el disfrute de esta obra](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)

00. Prólogo	09. Buscando trabajo
01. La saltadora	10. En el edificio torcido
02. Bella y la bestia	11. Llegar a la Puerta Azul
03. La historia del chico griego en la playa	12. Diario de una activista estresada
04. He hecho croquetas	13. Carta desde la zona de conflicto
05. Escribo en un cartón	14. Era amor
06. Gata	15. Dos sueños de cuando la saltadora cayó en un pozo
07. Dinero	16. De cuando la saltadora perdió las malditas partículas
08. El misterio de Chihuahua	17. Regenerando la identidad perdida (Ilustración)

14. Era amor

I

Desde la bruma interior en que se veía envuelta, iba a trabajar. Todo era ajeno; su participación en el mundo era como la de una astronauta en la luna, estaba allí, el centro silenciado de todo, sin poder tocar nada sin mediación.

Estar allí y no estar, atrapada en su mente, asistiendo, sin pretenderlo, al día a día de su cuerpo, que no podía permitirse el lujo de estar triste porque era pobre, y una baja para cuidarse la salud ahora le habría costado quedarse fuera de la lista que la iba dando trabajo.

Estar triste, qué triste. Qué pena tan grande y tan irremediable. La mente, como un cofre olvidado, perdido, y el resto, callado llanto interior.

Entró en la sala de profesores del nuevo centro, vestida con ese total desinterés por el aspecto que da la depresión, con las maneras de alguien que, en esencia, ama la vida. Entró sin las gafas para no ver bien y así

evitarle más soledad a esta bruma interior

Sin embargo, al alzar la mirada hacia el fondo de la sala, en la penumbra, perfectamente definidos, vio unos ojos oscuros, intensos, amables. Una mirada que era lo único real que había visto en los últimos años, aunque de esto, o del hecho de poder ver a aquella distancia, aún no era consciente; ni siquiera le había llamado la atención.

Es lo que pasa cuando estás perdida: las cosas extrañas no te sorprenden; estás sencillamente vencida ante los acontecimientos, llevada por la corriente del tiempo.

Seria, dejó los libros en un extremo de la mesa, el más luminoso. Se puso las gafas, repasó el plan, se preparó para entrar en clase.



Pensó que probablemente habría sonado ya el timbre. En aquella aula no lo oía casi nunca, pero los chicos estaban recogiendo las cosas como sintiendo absoluta legitimidad para hacerlo. Salir del aula, esquivar con destreza y casi siempre con éxito los impetuosos y torpes movimientos adolescentes, cerrar al máximo el oído sano, para mitigar el agudo griterío del pasillo, el atronador rugido en el hueco de la escalera, y llegar a la sala de profesores para al fin fumarse un cigarrillo.



No sabía qué era lo que más le gustaba: si el sabor y el aroma del tabaco o aquel momento de intimidad en medio del bullicio, la rutina de abrir en el día esos momentos de silencio interior. No había llegado ninguna compañera, así que, con el aliciente añadido de poder fumar sin tener al tiempo que hacer más cosas, se sentó en su rincón habitual, la zona más oscura de la sala, y encendió el cigarrillo.

Cuando exhalaba el humo tras una honda bocanada, vio entrar a una mujer, probablemente, la sustituta de alguien. Para él, que no se sorprendía fácilmente, fue inesperado, porque sintió una certeza de proximidad a ella, como si pudiera llegar a tener una relación con ella, y él no deseaba tener una relación.

Ella dejó su carga en la otra esquina de la sala, la más luminosa. Con el trasiego de profesoras y profesores, y la clara preferencia general por las zonas de luz, se reducían las posibilidades de que se encontraran. Siguió fumando tranquilo.



Esta historia de amor comenzó sola, antes de que lo pretendieran sus protagonistas.

II

Llevaba varias semanas en el instituto y de manera imperceptible (involuntaria también) había ido moviéndose hacia la esquina donde dejaba los libros una profesora que la caía bien (le parecía menos violenta que el resto). En aquel estado de hipersensibilidad, los incesantes amagos cotidianos de lo que ella llamaba «la ideología por defecto» (esa continua presión de juicios precipitados y presuposiciones sin fundamento, de intentos inconscientes, no visibles y empecinados, por imponer una comprensión del mundo, unos hábitos enemigos de toda curiosidad y amor a la libertad; ese empeño en homogeneizarlo todo para confirmar que el mundo es lo que es: lo que las costumbres dictan...) los sentía con total indefensión, la impactaban sin la mediación de su experiencia y su uso de la inteligencia, por lo que se concentraba ahora, en general, en evitar las relaciones, y si acaso, como refuerzo, en localizar a alguna persona que por consciencia o por inconsciencia fuera capaz de bondad. Ir llegando a aquella esquina había sido como un dejarse llevar por la corriente, por una corriente que no estaba arrastrando a nadie más, lo que era, sin duda alguna, buena señal.



—Es la sustituta de R. —dijo C., la profesora en la que ella se había fijado, una mujer morena, guapa, con un halo de alegría infantil que lo iluminaba todo.

Él asintió, como agradeciendo la cortesía. «Nos vimos el día en que llegó al centro» —añadió, con una sonrisa. A ella esto le sorprendió un poco, pues no recordaba haber hablado con él... aunque... un momento... «nos vimos»... ¿Le había visto antes? Fue como recuperar un recuerdo muy antiguo... El de haber visto lo que no podía verse.

Ver lo que no puede verse. Qué extraño modo de ver. En dos ocasiones anteriores de su vida le había ocurrido algo así: ver algo que no era posible ver, pero

que se entendía muy bien. La segunda había sido después de abandonar Ciudad de Guatemala, contra su voluntad aunque voluntariamente (como una persona adulta responsable), al llegar a San José de Costa Rica, aquella capital de la paz, según la macropolítica. Recién finalizado un viaje especialmente duro, no ya por la exigencia física sino por lo que implicaba el abandonar un lugar hallado, un proyecto que se ama, mientras miraba por la ventanilla de un destartado autobús, había *visto* (literalmente) que la gente no dejaba huellas al caminar. Esto era absurdo, porque caminaban sobre el asfalto. Pero ella lo había *visto*. Lo entendió como el anuncio de lo que la esperaba al volver a Europa (y si no hubiera diferenciado tan bien lo que la estaba pasando de lo que pasaba fuera, habría roto a llorar desconsolada, desesperadamente).

El contraste entre el sentido del trabajo en un lugar donde cualquier esfuerzo era aprovechado al máximo, un lugar donde la Guerra de Baja Intensidad no había conseguido dejar ciega a la gente, sino más bien lo contrario, con la visión de un paraíso turístico construido en el nido de espías de Centroamérica, donde la población autóctona se entregaba a creer historias de ficción escritas por agentes de la CIA, se había presentado sin transición (ya que lo que lo llenó todo fue el sentimiento de exilio y no la consciencia de las cosas). Quizá de aquel contraste había surgido el momento lúcido: un muchacho se arreglaba el cabello mirándose en un escaparate y ni él ni nadie a su alrededor dejaba huellas en la acera.

En los segundos de ser presentada a aquel profesor, se dio cuenta de que no había sabido qué aspecto tenía, no había tenido ocasión de fijarse en sus rasgos — sólo recordaba aquella sensación de constatar una mirada intensa al fondo de la sala—. Y al fijarse entonces, reconoció sus ojos, efectivamente, grandes, oscuros y limpios, como la mirada de un niño, y su boca pequeña y dulce, y su nariz como su voz, grave y amable.

Él respondió a su saludo con una sonrisa y alargó la mano, lo que a ella le encantó porque prefería dar la mano. Aquello no se lo habían tolerado los hombres, en general: en las presentaciones, al ofrecer ella, cordialmente, la mano, solían tirar hacia sí para imponerle dos besos.

No se dijeron más y al cabo de un rato ella sacó los antidepresivos de un inmenso bolso viejo que llevaba en bandolera.

—¿Quieres? —se rieron, un tanto azorados los dos, aunque por diferentes motivos.



No sabía que acababa de encontrar a una persona con la que iba a ser feliz. No sabía que se enamoraría, ni que su intuición ya lo había decidido por ella. Él sí sabía todo esto, pero seguía resuelto a no iniciar ningún tipo de relación. Así pues, desde el inicio, se fueron tratando con toda la inocencia posible (y con toda su consecuente libertad), sin que entrara en consideración el romance y las pequeñas y grandes tonterías y mezquindades que tan a menudo se asocian él, degradando todo lo que importa.

Su deseo no era nada más concreto que aquello entonces: estar cerca, en la misma habitación, en el mismo grupo... Verle era encontrar la paz: dejar o sacar cosas de su casillero, tomar café en un bar cercano, volver juntos al instituto... Casi

prefería aquello, de hecho, a estar hablando con él, porque entonces se ponía nerviosa, reía nerviosamente, y decía y hacía cosas tontas —algo que en su manera de ser no era extraño, pero que en un estado como aquel no le salía ni le sentaba bien; es más, le salía muy mal y le generaba ansiedad.

Le gustaba oír su voz grave y el contraste con su risa de niño, le gustaba verle estar entre la gente, callado, tan amable que a veces le entraban ganas de darle un beso intenso de agradecimiento. Le gustaba también su inteligencia, la belleza que encerraba su comprensión del mundo. Tanta pasión y claridad al tiempo. A veces, escuchándole explicar algo —su voz como un rumor de río (hablaba poco pero cuando tenía algo que decir no había palito o piedra alguna que pudiera desviar el rumbo de su corriente)—, sentía ganas de reír sólo por el placer de escuchar lo que estaba diciendo.



«Esto es un regalo de despedida. A mí me gustó mucho, espero que te guste. Un abrazo.»

—Pero ponle tu teléfono, si no, cómo te va a llamar.

No se le hubiera ocurrido algo así en mil años de experiencia en este mundo, y sin embargo, tenía bastante sentido: «No puedo, va a pensar que estoy por él, y no es eso...»

—¿Tú quieres verle otra vez o no?

—Sí...

—Pues ya está. Venga, aquí, añade: «Llámame».

A pesar de la alarma que sintió por dentro, obedeció. Un imperativo le parecía demasiado brusco, y lo suavizó con un «anda». Confiaba en C., pues era, como había dicho Machado de sí mismo, «en el mejor sentido de la palabra, buena».

Terminó de escribir cuando él entraba. No pudo darle el libro con calma, se lo tiró a las manos, mientras gesticulaba señalando la salida y decía, precipitándose finalmente fuera, adiós, había vuelto la profesora titular...

«Matar a un ruiseñor», de Harper Lee —leyó él para sus adentros. Vio la dedicatoria y no quiso pensar en ella, sino en la novela, que le apetecía leer.



En el tren de cercanías, en dirección a un nuevo centro, notó que le caían lágrimas, abundantes y silenciosas, y a pesar de la medicación que, de hecho, había conseguido que ella dejara de llorar y pudiera abordar el intento de controlar su cuerpo.

Qué son estas lágrimas

Se dio cuenta de que no lloraba a consecuencia de la depresión; lloraba porque cuando entrara en la siguiente sala de profesores, él no iba a estar allí, sentado apaciblemente, fumando su cigarrillo en el breve descanso...

Fue en aquel momento cuando se dio completa cuenta de que la vida era totalmente diferente si estaba él: era mucho mejor.

Y de algo más... No lloraba ni podía no llorar por nada conectado a la depresión.

III

Al despertarse, notó que era primavera.

En su interior, algo cambió de sitio, levemente, con naturalidad, sin dudas, y con aquel leve cambio, todo había vuelto a su lugar: volvía a ser ella.

Qué largo había sido el viaje. No ya aquellos meses de medicación, escribiéndole historias al joven psiquiatra que tanto la había ayudado. Tras su primera y en realidad única sesión propiamente dicha, en cuanto ella dejó de hablar, él, sin dudar de la necesidad que ella expresaba, le prescribió las drogas, y cuando ella preguntó si podría dejar de sufrir en algún momento, él explicó, primero, que somos pura química, por lo que al margen de nuestra voluntad están los hechos del cuerpo, que afectan claramente a la mente, y es necesario abordarlos, y que eso era lo que iba a hacer la medicación por ella. En segundo lugar dejó claro que ella no iba a necesitarle: no tendría que pagarse una terapia; él sabía que después de aquella compensación física ella resolvería sola sus problemas. Tenía una capacidad sobresaliente para la introspección, para relacionar y también para separar cosas, por lo que sólo tendría que ir a verle para recoger las recetas. Si el mundo la consideraba excesiva, peligrosa, aquel precioso doctor establecía que ella era inteligente y razonable, y confiaba en ella.

Aquella parte del viaje, los meses medicada, había sido breve sobre todo porque al entrar en juego la supervisión de un médico, el proceso había tenido desde el principio un final. Los años anteriores, sin embargo, habían sido un «viaje al infierno», como ella lo llamaba metafóricamente, pues la metáfora de la tortura —el sufrimiento reiterado, sin parámetros de tiempo y espacio— era la mejor para describir aquel estado.

Ahora todo aquello quedaba lejos. Estaba inmersa en una mañana de primavera. Volvía en sí, a sí misma. Notó la vida, encontró su imagen en el espejo, se reconoció.

Bajó a hacer una compra, luego puso música, estuvo limpiando las zonas comunes de la casa compartida. Finalmente, entró en su dormitorio para ordenar, pero no como en un domingo de desesperanza, sino con alegría, como si acabara de independizarse.

Como el hambre después de nadar, le vino una idea a la cabeza, concreta, constructiva, de esas que resuelven y ayudan a dar pasos: «Volverle a ver. Pediré ayuda a C. Ella sabrá qué se puede hacer».

IV

—Todos esos años perdidos... sin conocerte...

—No son años perdidos. Las cosas ocurren...

—Cuando tú ibas a dejar de ser un adolescente, yo era una niña... Seguro que te habría caído muy bien pero —le ponía de mal humor sólo pensarlo— ¡me verías muy pequeña!

—Pues claro... —se reía.

—Ya pero... —ignorando el hecho, siguiendo con las imaginaciones—. Yo me pegaría a ti como una lapa, algo que extrañaría a todo el mundo. «Pero ¿qué le ha dado a esta niña con el muchacho?» Querría ir contigo siempre, a todos lados.

Por ejemplo, cuando salieras con la bici, y tú me dirías que era demasiado pequeña, y yo me enfurecería. Otros días, me llevarías; a veces, te reirías pero a veces se te haría pesado...

—¿Y eso?

—Porque tendrías que esperarme haciendo que no me estabas esperando. Yo de pequeña era muy orgullosa... Te caería bien, pero a veces te cansaría tener que estar buscando trucos para esquivarme.

Él se rió. Estaba fumando y la escuchaba, entretenido. A ratos preguntaba, con curiosidad. Le gustaba imaginarla antes de haberla conocido, de niña, de adolescente, a los veintitantos, y también imaginar que podrían haber estado muy cerca y no haberse conocido.

—¿Dónde estabas en 1973?

—En Barcelona.

—Ah, sí... Yo en las antípodas... No nos habríamos encontrado... —y al rato— ¿Estabas en París en 1978?

—Sí.

—Sus años de exilio en París combinados con la posibilidad de que ella hubiera estado allí en algún momento le parecían algo muy interesante.

—Yo fui con un intercambio del instituto. Imagina esto: coincidimos en la calle Saint Michel. Yo hacía pellas de la visita a la Torre Eiffel y tú ibas a comer al restaurante universitario de Mauvillón. Pasaste a mi lado y sin saber por qué, empecé a seguirte.

—Muchas persecuciones... —pero lo estaba imaginándolo.

—...hasta que te encontraste con una chica muy guapa, una francesa mayor que tú, con el pelo negro, corto, y los labios muy rojos. ¡Está loca por ti! —risas de él—. Entráis en el restaurante. Os sentáis en una zona donde hay un par de mesas largas juntas, y resulta que eres un exiliado y que hay más exiliados anarquistas, y gente de diferentes nacionalidades, parecen personas muy interesantes... —de pronto en sombra—: Nunca, nunca te habrías fijado en mí...

Se ríe él, ella le mira, lo que consigue sacarla de la historia —sus ojos son lo único real—, y empieza a reírse también. Se acurrucan, se abrazan y respirando juntos esa tibia dulzura que trae el amor, se quedan dormidos.